

TINA ALARCÓN

El origen ideológico y cultural de la violencia de género

La violencia de género es estructural e ideológica, se sustenta en la cultura y la tradición y se basa en la superioridad y el desprecio hacia una víctima que se considera inferior. Las violaciones sintetizan todas sus pautas a través de dos ejes: el poder (que ejerce el violador) y la culpa (que aparece casi siempre en las mujeres violadas). Aclarar el origen y motivaciones de la aparentemente irracional violencia de género será fundamental para ponerle fin, ya que esto sólo se logrará mediante la lucha ideológica, la destrucción de los mitos y la educación en la igualdad.

En la actualidad, nuestra sociedad ofrece un panorama de violencia que alcanza límites estremecedores. Los expertos consideran que la violencia se origina y fomenta desde la propia sociedad o, mejor dicho, desde su lado más oscuro: desarraigo, miseria, pobreza cultural, descomposición de valores, etc. Ésta es una realidad incuestionable, que se puede aplicar a las diferentes formas de violencia que se dan en nuestro mundo y que responden, en muchos casos, a los desarreglos sociales del último milenio.

No obstante, la violencia que sufren las mujeres responde a otras motivaciones. Determinadas condiciones sociales pueden desencadenarla o aumentar su virulencia, pero su origen está en los pilares más profundos de nuestra cultura. Una cultura sexista configurada por y para el varón, en la cual perviven los mitos que sustentan la primacía del hombre sobre la mujer.

Simplificando exhaustivos estudios de la historia, se puede decir que la violencia que sufren las mujeres se produce por el simple hecho de ser mujer. Es lo que se define como violencia de género, entendiendo por género toda la carga cultural que perfila

Tina Alarcón es presidenta de la Federación de Asociaciones de Asistencia a Mujeres Violadas

y configura las categorías hombre/mujer y los socializa de una determinada manera. Mientras la definición "sexo" hace referencia a las diferencias biológicas, marcadas por la naturaleza, el género recoge el mito cultural, la tradición y una cerrada ideología que otorga a la mujer un perfil de fragilidad extrema, corta inteligencia y todo tipo de incapacidades.

Este mito, que en principio dio origen a la división del trabajo, propició después un modelo de relación asimétrica entre los dos sexos y, durante siglos, ha ido conformando la idea de mujer dependiente del varón (protector cuando el discurso es patriarcal), o la de mujer controlada y sometida (cuando el discurso es abiertamente de poder).

Basta una breve mirada desde el Génesis a la Torá judía, pasando por Pablo de Tarso, el Corán, las mitologías, así como la literatura y la pintura, para descubrir ejemplos que justifican o enaltecen la violencia contra la mujer. Sin olvidar a los filósofos de los siglos XIX y XX, cuyo paradigma es Schopenhauer, que emplearon prolijas elucubraciones teóricas para situar a la mujer en una clara posición de inferioridad y desvalimiento, o bien definida como mero objeto sexual reproductor o de placer.

Esta realidad sobre la violencia de género, constatada por estudios feministas, se recogió por primera vez en la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en Pekín en 1995. "La violencia que sufren las mujeres es una manifestación de las relaciones de poder históricamente desiguales entre hombres y mujeres". Este párrafo, como todos los objetivos y medidas que se recogieron en la Conferencia, fue consensuado y asumido por las delegaciones políticas de 189 Estados.

La violencia de género ofrece un rostro multiforme

La violencia de género no es, por tanto, un fenómeno nuevo, producido por circunstancias coyunturales, sino una violencia estructural e ideológica que ha existido siempre. Es verdad que en las últimas décadas el problema parece haberse agudizado, creando una lógica alarma social. En ello han intervenido varios factores: por una parte, las mujeres están perdiendo el miedo a denunciar estos delitos; por otra, los organismos oficiales nacionales e internacionales están facilitando recursos para elaborar informes y estadísticas, lo que facilita que las cifras y datos salgan a luz. Finalmente, hay que admitir que la violencia contra las mujeres ha aumentado, y esto será así en la medida en que conquisten espacios de libertad e independencia ya que esta autonomía, no asumida por el varón, seguirá siendo un factor determinante en el desarrollo del proceso violento.

El terrible fenómeno de la violencia de género ofrece un rostro multiforme, que refleja el horror de unos delitos diferentes en su forma, pero con dos constantes que no cambian en ninguna circunstancia: su origen ideológico y su víctima. Se podría elaborar un voluminoso catálogo de ignominias, crímenes contra la mujer y las niñas que han assolado y envilecido este planeta: violencia física, psicológica y muerte en el entorno familiar, mutilación genital, tráfico de mujeres y prostitución forzada, agresiones sexuales, acoso en los entornos más cercanos y que deberían ser entrañables, violaciones masivas en los conflictos armados y un largo etcétera. Pero lo más curioso es que, bajo una máscara de progreso, este horror permanece con idéntico perfil de ejecución y las mismas motivaciones de hace siglos. Las violaciones masivas de mujeres y niñas en los conflictos armados son un referente muy claro y visible. Al final del siglo de los derechos humanos, en Bosnia-Herzegovina, las violaciones masivas de

mujeres se ejecutaron con la misma brutalidad que en la Edad Media. En este sentido, la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer hizo una referencia muy especial: “Las violaciones en masa que se producen en las guerras y que provocan un éxodo masivo constituyen una práctica abominable a la que hay que poner fin inmediatamente”.

Esta indicación de la Plataforma de Acción viene a reforzar los Convenios de Ginebra de 1949, relativos a la protección de personas civiles, así como sus Protocolos Adicionales de 1977, en los que se indica expresamente que “las mujeres que hayan sufrido trato humillante, atentados contra su honor y violación serán amparadas...”. Es evidente que estas recomendaciones y acuerdos se vulneran sistemáticamente, provocando auténticas tragedias en las víctimas desplazadas. Es difícil imaginar el terror sufrido por estas mujeres, humilladas y violadas por el enemigo vencedor, su desmoronamiento psicológico, la falta de recursos y el rechazo —en muchas ocasiones, de su propio entorno—, que las convierte en presas fáciles de las mafias dedicadas al tráfico de mujeres. Las cifras son muy significativas: el 80% de los refugiados a causa de los conflictos bélicos son mujeres y niñas, y de éstas un 60% sufrieron repetidas violaciones. No existen datos fiables sobre las mujeres y niñas que, en situación de desplazadas o refugiadas, son víctimas de explotación sexual. La propia oscuridad de este tráfico no da la posibilidad de realizar estadísticas. No obstante, se calcula que este “negocio” genera 8.000 millones de dólares.

En la conferencia de Nueva York, celebrada en el año 2000 para revisar la aplicación de los acuerdos adoptados en Pekín en 1995, se publicaron los siguientes datos: cada minuto cuatro mujeres y niñas sufren la ablación del clítoris por sus maridos o padres; el 20% de las mujeres del planeta ha sufrido violencia física por parte de sus parejas; cada 3 minutos muere una mujer, a manos de su marido o compañero sentimental, y cada cinco minutos una mujer o una niña es violada.

Sólo en España se producen anualmente 21.800 denuncias de violencia doméstica, 68 mujeres murieron en 2000 a manos de su pareja y 10.084 han sido víctimas de la violencia sexual.

No estamos, pues, ante delitos que afecten sólo al ámbito de lo privado, ni ante un problema sólo de las mujeres. Éste es un auténtico problema de Estado y son los Estados los que están obligados a poner los medios para resolverlo. Sin embargo, hasta el momento no existen recursos suficientes y, probablemente, tampoco voluntad. Después de tanta letra impresa, parece que sigue siendo un problema menor, privado y que afecta sólo a la mujer.

Sin embargo, en la Conferencia Mundial de Población y Desarrollo, celebrada en El Cairo en 1994, se afirmó que “la violencia contra la mujer impide los objetivos de igualdad, desarrollo y paz”. Esta declaración, entre otras, saca el problema del ámbito privado y lo transfiere a toda la ciudadanía.

Este mosaico de horror que es la violencia de género no se produce sólo en los países del Tercer Mundo o en situaciones marginales y especialmente dramáticas. Las cifras del mundo desarrollado son aterradoras. Y, dentro de este marco rico y civilizado, tampoco se puede decir que los violentos pertenecen a un grupo social marginado, adicto al alcohol o las drogas, ni sus condiciones socioeconómicas son, en todos los casos, especialmente conflictivas. La violencia se produce en todas las capas sociales y su raíz se encuentra en unos atavismos culturales que, de alguna forma, perviven en los agresores de todos los tiempos.

*Éste es un
auténtico
problema de
Estado y son
los Estados
los que están
obligados a
poner los
medios para
resolverlo*

El análisis de la violencia de género produce siempre desconcierto ya que no tiene un móvil objetivo como otros delitos violentos; el agresor no recibe un “beneficio” cuantificable, ni una gratificación afectiva, ni actúa compulsivamente o enajenado. La frialdad y la planificación presiden estas atrocidades. Es, en definitiva, un mero ejercicio de poder y castigo, basado en una supuesta superioridad y desprecio absoluto hacia una víctima que considera inferior y de su propiedad. En este sentido, son las violaciones las que ofrecen unas pautas más esclarecedoras.

El poder y la culpa

Los violadores no buscan el placer sexual. Un estudio sobre las motivaciones psicológicas de los agresores, publicado por la Biblioteca del Decanato de los Juzgados de la Plaza de Castilla de Madrid y realizado por psicólogas expertas, con un grupo de violadores convictos, confirmó este hecho:¹ los violadores utilizan los genitales para ejercer el poder, canalizar frustraciones, compensar deficiencias personales y tener acceso a un objeto sexual que, por su aspecto y “calidad”, es el símbolo de un *status* social y económico al que él nunca llegó. En otro grupo se encuadran los que mantienen que la víctima gozó con su “favor”, elevando su capacidad viril a una dimensión casi mítica. En su conjunto minimizan el daño inferido a la mujer y todos coinciden en que “por semejante tontería me han caído demasiados años de prisión”.

Esta amalgama de poder, superioridad, menosprecio a la mujer, mitos fálicos, etc., se percibe en las agresiones sexuales. Es en ellas donde, quizá, se puede apreciar más claramente la influencia ideológica y cultural. Para ello basta con centrarse en dos sentimientos que están siempre presentes en todas las violaciones: el poder y la culpa.

Rojas Marcos, en su libro *Las semillas de la violencia*, dice que “violar es invadir el cuerpo de otra persona a la fuerza”.² Habría que añadir que es un ultraje a la integridad física y emocional, un asalto violento y aterrador que traumatiza profundamente a la víctima. El terror, la ira y la náusea suelen acompañar a las mujeres que sufren este atropello. Sin embargo, de cada seis agresiones sexuales sólo se denuncia una. Es cierto que hay miedo a denunciar pero, en el fondo, hay también un caos de sentimientos confusos, donde aparecen la culpa y la vergüenza.

¿Por qué se sienten culpables las mujeres violadas? ¿Por qué sienten vergüenza? De una forma sutil, la sociedad y el entorno próximo encierran un contenido culpabilizador y como telón de fondo, tal vez imperceptible, hay toda una tradición cultural que ha exigido la defensa de la “honestidad” hasta la muerte, si fuera necesario. Las figuras de Santa Inés, Santa Lucía o Santa Filomena, entre otras, fueron mártires defendiendo esa “honestidad”. Pero además, no se defendieron de algo que lógicamente les debería repugnar, sino que, al parecer, se privaron de algo “placentero”. Esta afirmación, que parece aberrante y que confirma un largo glosario de la cultura fálica, queda patente cuando se lee el proceso de beatificación de María Goretti. El Papa Pío XII argumentaba y describía la agresión no como un ataque brutal que aterraba a una niña de doce años sino porque, siendo tan “santa”, “renunció a un atracti-

¹ Soledad Galiana, Helena de Marianas y Encarna Roig, *Estudios sobre agresiones sexuales*, Servicio de Publicaciones del Decanato de Plaza de Castilla, Madrid, 1996.

² Rojas Marcos, *Las semillas de la violencia*, Espasa Calpe, Madrid, 1995.

vo placer” por defender su honestidad. De alguna forma, esta frase trae a la memoria a esos violadores que no llegan a entender cómo es que su víctima no se ha sentido feliz con su penetración.

La culpa se asienta en una larga tradición, no responde a un sentimiento impreso en los genes femeninos ni es natural en la mujer. Y, como en la mayoría de los casos de violación no se produce una defensa férrea (el terror paraliza) ni, afortunadamente, el desenlace es la muerte, las mujeres, incluso las más emancipadas, interiorizan un sentimiento de culpa que engendró esa añeja cultura que, aunque nos parece obsoleta, planea inequívocamente sobre nuestra vida cotidiana.

De la misma forma que los atavismos culturales inciden en el comportamiento de las víctimas, las razones últimas del violador tienen un fuerte contenido cultural e ideológico. La estadounidense Susan Brownmiller dice que “el descubrimiento por el hombre de que sus genitales podían servirle como arma generadora de miedo debe figurar como uno de los descubrimientos prehistóricos más importantes, junto con el fuego y el hacha de piedra”.³

Esta afirmación podría resultar exagerada y, para algunos, incluso chusca, si no existiera la certeza de que la violencia de género —y concretamente la violencia sexual— ha sido un impedimento determinante en la historia de la emancipación de la mujer. Los ambientes públicos, incluso la calle, fueron zonas de peligro. Las ágoras de debate, los espacios políticos, científicos, sumamente masculinizados, también resultaban peligrosos para la mujer. Y fue así como se las redujo “por su bien” al ámbito de lo privado, un lugar donde teóricamente estaban protegidas y donde la desagradable máscara del miedo y la violencia permanecían ocultas tras las tranquilizadoras y herméticas puertas del hogar.

Incuestionablemente, todos somos producto de una cultura contra la que, en ocasiones, luchamos y en otras asumimos con orgullo. La imaginación del hombre violento ha interiorizado fatalmente la imagen de “héroe violador” que, desde las mitologías griega y romana —con Zeus, Apolo y Poseidón entre otros—, ejerció la violación como eje central de sus aspiraciones amorosas y de poder. El Rapto de Europa inmortalizado en piedra, la violación de Leda por un Dios camuflado de cisne y otros, han sido temas de magistrales obras plásticas. La tradición oral y escrita está plagada de violaciones, narradas como sucesos épicos de gran brillantez.

A este mito del “héroe violador” hay que añadir el “héroe castigador”. La antropóloga Margaret Mead afirma que existían tribus antiguas “en las que estaba permitido violar a las mujeres malas”, entendiendo por malas “a mujeres solas separadas de su pareja o aquellas que mostraban un carácter independiente y pendenciero”.⁴

Seguir rastreando en la cultura sería largo y tedioso. Este somero análisis resulta suficiente para esclarecer el oscuro origen de una violencia aparentemente irracional y de difícil explicación si no se la encuadra en el marco adecuado. Es una violencia ideológica y sólo con ideología se podrá combatirla. Sólo con la destrucción iconoclasta de los mitos será posible enfrentarse a la violencia y sólo con una educación en igualdad real se podrá erradicar.

³ Susan Brownmiller, *Against our will: men, women and rape*, Simon and Schuster, Nueva York, 1975; en español, *Contra nuestra voluntad*, Planeta, 1981.

⁴ Margaret Mead, *Male and Female*, William Morrow, Nueva York, 1959.

*Las razones
últimas del
violador
tienen un
fuerte
contenido
cultural e
ideológico*

En la Conferencia de Población y Desarrollo de El Cairo se dio la clave exacta contra la violencia sin nombrarla siquiera: “el futuro de la humanidad dependerá del nuevo lugar que las mujeres tengan en el mundo”. Esta frase recoge el contenido de la larga lucha que las mujeres llevan realizando desde hace más de un siglo: una lucha por la igualdad que beneficiará, sin duda, también a los hombres, víctimas de su cultura, una lucha que durante años se dijo no cruenta, sólo una guerra de ideas, sin sangre. Era un error: hay sangre. En esta lucha, la violencia de género se ha cobrado un número incalculable de vidas. Miles de mujeres mutiladas, violadas o destruidas que han ido cayendo en un campo de batalla impreciso, gobernado por las ideas. Víctimas estas cuya única aspiración era lograr su derecho a la igualdad, su derecho a la libertad y su derecho a tener su propio espacio en la Tierra.